

The background of the book cover is a photograph of a coastal landscape at sunset. The sky is a gradient of dark grey and blue, with the sun's glow visible on the horizon. In the foreground, the dark blue sea has small, yellow buoys scattered across it. In the distance, a range of rugged, dark mountains or hills stretches across the horizon. The title and author's name are overlaid on this background in a light, golden-yellow color.

EL
TESORO
— DE LAS —
MEDAS
JULIÁN
ZUBIETA

autografía

tenía la barcaza debajo de la proa. Era todo lo que necesitábamos, unas para la comodidad y la otra, bien cargada de cerveza y hielo, nos proporcionaba unos placenteros atardeceres, sobre todo cuando llegaba el buen tiempo.

Lanzábamos los sedales únicamente cuando Quimet se acordaba de llevar cebo, mientras, dormitábamos dentro de la embarcación tumbados en las colchonetas esperando el resultado. Esto lo hacíamos de forma “científica”, con el cojín apoyado en el casco interno del barco, así nos obligábamos a tener la cabeza levantada, con el fin de poder beber con comodidad la cerveza que nunca faltaba en nuestras manos. Yo me ponía el gorro de tela con la visera bien calada, para que el sol me castigara lo menos posible. Quimet era mucho más cetrino que yo, por lo que, aunque se le olvidara el casquete capilar, tampoco pasaba penas por no cubrirse.

Aprovechábamos estas salidas para bañarnos, lo hacíamos por turnos, Quimet me dijo que era una buena costumbre, aunque él tenía más experiencia, ninguno de los dos éramos gente de mar y hay un dicho popular que dice que éste es muy traicionero. En la barca siempre se quedaba uno de nosotros. Además de echar el ancla en las calas o sujetarnos en las boyas de las Medes, tomábamos esta medida de seguridad. No seríamos los primeros que, por imprudencia o por accidente, se encuentran con la embarcación a la deriva al darse un chapuzón, pues para cuando se quieren dar cuenta, la corriente ya se ha llevado su barca. Contando con que las islas están a más de un kilómetro de la costa, te puedes meter en un problema serio. No sé qué le encontramos a los baños en la zona

pelágica, todos sabemos que ahí abajo entre otros “angelitos” hay barracudas, medusas y tintoreras, un escualo que puede pasar bien de los tres metros y los doscientos kilos, ¡como para andar jugando! Cuando estás en el agua te hallas a merced de cualquier tipo de depredador marino que pudiera haber, pero las zambullidas en alta mar tienen algo especial que nos atrae profundamente. Antes de enfilarse hacia las Medes recogíamos los sedales, normalmente no pescábamos nada decente y devolvíamos al mar lo que picaba, alguna vez sí que llegamos a capturar algún sardo o dorada de un tamaño medio decente, de los que dábamos buena cuenta, toda una delicia gastronómica, pero estaba claro que la pesca no era lo nuestro.

I

A pesar de ser de tierra adentro, vivo hace más de quince años en L'Estartit, una “entidad municipal descentralizada” del municipio de Torroella de Montgrí, valga la redundancia. En términos comprensibles, un pueblo dentro de otro pueblo. L'Estartit, a pesar de depender de Torroella, se siente independiente. El municipio del Massís kárstico del Montgrí se halla tierra adentro, a seis kilómetros de la localidad costera, en la cara sur de la pequeña sierra que aún se prolonga un poco más hacia el interior, muriendo en medio de la llanura ampurdanesa. Marca el límite del Alt y el Baix de esta comarca, el Empordà. El escarpe de la cara sur del Montgrí, al que el imaginario popular le confiere la silueta de un abad tumbado, resguarda en parte la zona de las tramontanas que la azotan, aunque no la libra de ellas, ni por asomo. Son mucho más frecuentes en los meses de invierno, pero el viento es una constante todo el año.

Justo encima de Torroella; en la cima redondeada de la sierra, a trescientos metros de altura, dominando el Empordà; se halla un imponente castillo, el Castell de Montgrí, construido hacia 1300. Lo empezó a hacer el Gobernador de Torroella;

vasallo del Rey Jaime II de Aragón “El Justo”, que a su vez era Conde de Barcelona; como baluarte defensivo en su disputa contra el señor de la zona, el Conde de Ampurias. Las obras se interrumpieron cuando sólo se había levantado la fachada del castillo, al consolidarse el poder del Condado de Barcelona en la comarca. Así ha llegado al día de hoy, desde abajo da el pego, pero cuando subes te das cuenta de que nada más están los muros. Un payés con el que me encontré en una excursión por los alrededores de la fortificación, me contó que la construcción es de estilo gótico militar, no tenía oída esta expresión, pero me lo dijo tan seguro que, ¡quién soy yo para dudarlo!

Cuando me sentía con ganas y tenía varias horas libres, siempre que hiciera buen tiempo y no demasiado calor, solía hacer una excursión partiendo desde L’Estartit. Subía a la sierra empalmando una carretera que se interna en ella desde la parte antigua del pueblo, desviándome enseguida hacia la parte más alta por caminos y sendas. Iba recorriendo el macizo muy cerca del borde de su cresta sur por su parte interior, subiendo y bajando colinas, hasta llegar el valle de Santa Caterina, una pequeña hondonada muy cercana a Torroella. Desde la localidad del Montgrí para acceder al citado valle sólo tienes que atravesar los primeros escarpes del macizo, también puedes llegar por el oeste, dando un rodeo por un camino transitable en coche que se interna en la sierra. Allí está la Ermita medieval de Santa Caterina, muy venerada en la zona. Tras cruzar el valle de Santa Caterina, primero ascendía al Coll de la Creu, el collado que hay que atravesar para llegar a Torroella, toma nombre de la cruz metálica que se halla en lo más alto

del paso, colocada encima de un pequeño promontorio de roca. Desde allí subía al castillo, si no pegaba mucho viento era el lugar perfecto para comer el bocadillo. Mientras satisfacía el apetito, me deleitaba admirando las fantásticas vistas del Empordà y del Mediterráneo que hay desde el Castell de Montgrí.

El panorama que tienes a tus pies es fantástico, justo debajo del Castillo se halla la villa medieval de Torroella, que en su parte vieja aún conserva la distribución de las calles largas y rectas de aquella época. Esta zona del pueblo está rodeada de paseos por donde estaba localizada la antigua muralla, de la cual se conservan algunos restos, la Torre de las Bruixes, con sus leyendas de brujería, datada entre los siglos XV y XVI y el portal de Santa Caterina, del siglo XIV, sito en el lado norte, la única de las seis entradas por las que, en aquel tiempo, el recinto amurallado permitía acceder a Torroella. Lo que queda hoy de ella es un pequeño torreón con una abertura en medio, del que sólo se ha conservado la estructura y lamentablemente no intacta en todos sus lados. Destaca a simple vista en la capital del Montgrí la Esglesia gótica de Sant Genís, con la particularidad de que su torre no tiene cúpula, este detalle me llamó la atención desde que la vi por primera vez.

Mirando al mar el paisaje es magnífico, justo enfrente están las Illes Medes, integrantes del “Parc Natural del Montgrí, les Illes Medes i el Baix Ter”, del que ocupan más de veinte hectáreas terrestres y quinientas marinas. Desde L’Estartit, justo enfrente de las Medes, empieza un enorme arenal de unos diez kilómetros hasta el fin de la Playa de Pals, con el delta del Ter en medio. En la ribera marina se suceden tanto

humedales como dunas costeras en recuperación, de las que cabe destacar la Platera, sita nada más pasar el barrio de Els Griells, la última zona habitada de L'Estartit. Al final de la extensa playa se levanta el área de Begur, con sus impresionantes acantilados y calas. A los pies del sur de la sierra, partiendo en dos el Baix Empordà, está la abierta y feraz vega del río Ter, que viene desde el interior serpenteando en su camino al mar. Cierran la comarca meridional ampurdanesa una serie de colinas por el oeste y el Massis de les Gavarres como tope sureño, más prominente que el del Montgrí.

Si desvías tu mirada hacia el norte ves el Alt Empordà, con la Serra de Rodes justo enfrente, que en su prolongación hacia el mar marca el borde septentrional del Golfo de Roses, allí está el fabuloso Monestir Abadía de Sant Pere de Rodes, justo encima del Port de la Selva, al otro lado de la sierra. Toda una joya del románico, construido entre los siglos X y XI, es enorme, majestuoso, de una belleza sobrecogedora, realizada por su ubicación, casi en la cima del macizo de Rodes en su parte norte. Desde el Monasterio hay unas vistas espectaculares de la zona, al tener caída al mar de gran desnivel por los dos lados, se hace imprescindible una visita a la Abadía para admirar el paisaje del norte de la Costa Brava. La sierra continúa hacia el mar hasta que se interna de forma abrupta en el Mediterráneo, donde forma el paisaje apocalíptico del Cap de Creus, allí se halla también el pintoresco y bello pueblo de Cadaqués. Desde el Castell de Montgrí no se aprecia ni la citada población ni el accidente costero, tan sólo cómo la Serra de Rodes confluye con el Mediterráneo. Lo que sí se divisa perfectamente es casi

todo el Golfo de Roses, ya que el Massis del Montgrí se levanta de forma mucho más suave por su lado norte que por el sur, por lo que no permite desde allí visualizar bien la zona de L'Escala, la parte sur del accidente costero.

Al fondo, al noroeste, se ven las primeras estribaciones del Pirineo, que parte de forma mucho más prominente por este lado que el que da al Cantábrico, muy cerca de la costa las alturas ya superan ampliamente los dos mil metros. Después de recomfortar el estómago con la comida y el espíritu con las vistas, continuaba la excursión, bajaba hacia Torroella otra vez por el Coll de la Creu y enfilaba la vuelta bordeando la parte meridional del macizo, atravesando las urbanizaciones de Las Dunas, Torre Vella y Torre Gran hasta llegar a L'Estartit. A veces, cuando me encontraba fuerte y me parecía liviana la excursión, ascendía otra vez a lo alto del Massis del Montgrí hasta la Torre Moratxa, ya muy cerca del pueblo marino, adonde volvía por dentro de la sierra, por la zona del peñasco de Rocamaura, regresando justo por donde había salido. En la sierra hay unas cuantas pequeñas fortificaciones defensivas, que se construyeron entre los siglos XVI y XVII para defenderse del ataque de los piratas, siendo la Moratxa quizá la más famosa de todas, su situación en lo alto del macizo es privilegiada, desde allí también había hermosas vistas. Me contaron que en el Montgrí, a final del siglo XIX, fijaron la duna continental, que lo cruzaba de norte a sur, plantando bosques de pinos y barrón, una especie herbácea de largas raíces que se emplea para sujetar la arena, ya que las dunas amenazaban con arruinar los cultivos del Bajo Ter.

El pueblo marino está situado donde el Massis del Montgrí se encuentra con el Mediterráneo, también en su parte sur. Hacia el norte del pueblo y hasta donde comienza el Golfo de Roses llegando al término de L'Escala, esta confluencia provoca una serie de bellísimos acantilados de más de cien metros de altura, salpicados de hermosas calas, varias de ellas inaccesibles por tierra. Esta zona es a la que íbamos a pescar y bañarnos cuando salíamos con la barca. Estábamos a principios de junio, para nosotros ya era verano, aunque el calendario no lo reflejara y el turismo fuera asumible, para fin de mes esto cambiaría. Desde el mar, las vistas de L'Estartit son fantásticas, la luminosidad mediterránea realza el colorido y le da un aire de pueblo de postal. La mayor parte de él está debajo de la montaña, pero en sus laderas también se ha construido, las casas se diseminan por esta zona hasta la orilla del piélago. La blancura de las construcciones junto con el verde del bosque que hay entre ellas, le dan el contrapunto cromático al azul del cielo.

El promontorio rocoso que domina el pueblo desde sus más de doscientos metros de altura, Rocamaura, constituye la base de una especie de ele que forma la sierra del Montgrí en su encuentro con el mar, cobijando en su seno a L'Estartit antes de adentrarse en el Mediterráneo. Las islas situadas enfrente, las Medes, en la que en la mayor de ellas, la Meda Gran, nos encontrábamos en aquel momento dándonos un baño, son un afloramiento marino de la misma cadena montañosa. El puerto se halla justo debajo de la zona de la montaña que más se aproxima al mar. Las calles de la parte antigua del pueblo, en su origen, estaban dispuestas para que el agua que